

MAYO 1847

PACÍFICO

MAGAZINE

Precio:
Un Peso



La felicidad modesta

en la vida

Por _____
ALBERTO EDWARDS



Hablando en general, las señoras aborrecen cordialmente al Club de la Unión. Allí es donde, según ellas, los maridos y los hijos de familias pierden el tiempo y derrochan el dinero. En la exaltada imaginación de las buenas señoras, ese elevado sitio de reunión social, es el centro de todas las disipaciones y punto de partida de todos los vicios. Cuando éramos niños, teníamos de los clubs en general, y del Club de la Unión en particular, una idea sumamente seria y conceptuosa.

Nos imaginábamos, dentro de salas severamente amobladas, o en medio de los anaqueles de una biblioteca, una reunión circunspecta y ceremoniosa de gravísimos señores, muy ocupados en resolver los grandes problemas internacionales, políticos y económicos; latas formidables y aburridas, de que nadie era digno de participar sin la autoridad de la experiencia, de la ciencia o de la situación social. Una cultura de refinamiento cortesano presidía esos conciliábulos de pro-hombres. Allí no se oía una palabra mas alta que otra, ni una carcajada fuera de tono, ni un ademán sobrado vivo....

¡NI tanto... ni tan poco!...

El club de las señoras timiratas, no se parece mas al que real y efectivamente existe, que el de las imaginaciones de los niños.

Para tranquilidad de las unas, y desengaño de los otros me he propuesto presentar el club tal como es, sobre todo en su aspecto económico.

Para empezar, el club, no es un sitio grave ni circunspecto. En general los hombres cuando se reúnen habitualmente y en gran número, en un determinado local, acaban, siempre por transformarse en colegiales... Lo somos en la Cámara, lo somos en el club, y lo serán, supongo, hasta los padres de misa, en los claustros de

los conventos. Hubo un tiempo en que el Directorio del Club prohibió muchas cosas, entre otras jugar al *cacho*. Esta serie de prohibiciones, continuamente violadas, contribuían mas si cabe, a dar a la prestigiosa institución, un delicioso aspecto de colegio... en las horas de recreo. El billar ha reemplazado a las bolitas, el *pocker*, de dos tiros al *pares o nones*, y las copas al *causeo*... Y he aquí todo...

Las travesuras escolares tienen también su parte en la diversión.

En mi colegio, un profesor aficionado a la meteorología tuvo la insensata idea de colocar un pluviómetro, un aparato para medir la lluvia, en el patio de recreo. Los niños nos divertíamos en arrojar a espaldas del domo, sendos vasos de agua en la cubeta del aparato, con los mas inesperados y desconcertantes resultados para las investigaciones científicas del curioso profesor... En ese patio llovía mas que en Aneud, a juzgar por el pluviómetro.

El Directorio del Club de la Unión, mas conocido: del corazón humano, también ha colocado un pluviómetro pero tuvo el buen

acuerdo de ponerlo fuera del alcance de los niños traviezos, sobre el techo de la aristocrática institución... A pesar de todo, leí el otro día una nota del señor Knoche, en que aconsejaba se multiplicaran los aparatos de este género, en vista de que en Chile la lluvia aparecía caer con mucha irregularidad... En el Club, en una sola noche había caído seis veces mas agua que en la Quinta Normal. ¿Estará el pluviómetro del club, dije yo, demasiado cerca de la azotea?... Me propongo averiguar, uno de estos días este hecho científico.

Eso sí, aconsejaríamos al señor Knoche, no prestar una fé ciega a las indicaciones del Club, en materia de humedad atmosférica. Hace poco tiempo, sorprendí a un Ministro de Estado, y a un senador de la República, ocupados en arrojar vaho con la boca sobre el higrómetro registrador. La aguja naturalmente acusaba un alarmante aumento de la humedad; fraude meteorológico, que divertía en grado sumo a entrambos eminentes estadistas.

Aún en los colegios se ven niños que no juegan, ni rien, ni comen, que se pasan las horas de recreo paseando los corredores con gravedad curul, resolviendo hondos problemas metafísicos o matemáticos... En el Club también existe un círculo irrespetuosamente designado allí con el epíteto de "los culebrones". Son caballeros de cierta edad, no muy ocupados, pero que, en su mayoría, han ganado de sobra el derecho al descanso. Respecto de ellos, se cuentan muchas leyendas. Se dice, por ejemplo, que tienen en preparación un Diccionario Biográfico de contemporáneos, por riguroso orden alfabético.

Lo que podemos afirmar con entera certidumbre, es que las esposas de los susodichos culebrones, no tienen por qué alarmarse por las frecuentes escapadas al club—de sus respectivos cónyuges. El gasto que ellos hacen allí, no hay peligro de que llegue a desequilibrar el presupuesto doméstico. Dicho sea en su honor: los culebrones no beben, y cuando juegan, es al ajedrez o al chaquet, y solo al de por ver.

El *sancta sanctorum* del club, es el salón rojo. Allí se reúnen otros culebrones muchísimo mas perjudiciales: los poltícos. ¡Cuanto eternos candidatos ministeriales no han esperado nerviosamente a las puertas de esa sala, una designación que nunca llega! De un tiempo a esta parte, el salón rojo ha pasado a constituir por prescripción inme-

morial, una especie de propiedad de los liberales doctrinarios, el partido de los culebrones aristocráticos.

En el patio se toma el fresco, el sol y muchísimas otras cosas. Es una sucursal de las cantinas. Aunque parezca mentira ese es el sitio preferido de los misterios y de las confidencias reservadas. A todo aire, no hay paredes que escuchen, ni ecos comprometidos. Con bajar un poco la voz, nadie sino su interlocutor le escucha a uno.

Al lado del patio existe un pequeño gabinete, donde suelen encontrarse los diarios. Y digo, suelen, porque es frecuente que algún socio, los tome para su propio uso y el de su familia, medida que produce diez centavos de ahorro. ¡Y dicen que el club es un sitio de derroche!...

No lejos está el teléfono, aparato que sirve a los socios para conversar con sus esposas, pero no a las esposas de los socios para conversar con estos. Me explicaré. Sea porque los mozos tienen orden de "negar" a los habituados del club, cuando les llamen, sea porque los dichos mozos no gusten de recorrer el edificio entero en busca de un fulano de tal, sea por ambas razones a la vez, el hecho es que preguntar por alguien, por teléfono al club, es perder lastimosamente el tiempo.

No entremos, por esta vez a la cantina: desvíémonos siquiera por un momento, del camino obligado e invariable, del noventa y nueve por ciento de los clubmen chilenos, y subamos al corredor.

Allí se come, se almuerza y se toma el *lunch*, con gran escándalo de las dueñas de casa y de las madres de familia.

—¿A dónde almorzaste? le preguntan a uno, al regreso a su hogar.—

—En el club, hijita... Me convidó fulano.

Esto último casi siempre es mentira, créanlo las señoras mujeres. La corporación de los convidadores a almorzar o a comer, es sumamente reducida. El que almuerza o come en el club, paga, casi siempre, o en el mejor de los casos ha ganado al cacho, el derecho de hartarse a costillas de algún amigo.

Pero en casa hay que guardar las apariencias. ¿Cómo se negaría después a la mujer-cita, so pretexto de falta de fondos, el dinero para un vestido, si uno se confiesa reo de frecuentes y dipendiosas comilonas, fuera de casa?... No hay mas remedio que decirse convidado.

Las pobres señoras suelen creérselo.

—¡Qué simpático es mi marido! me decía una de ellas, no pasa día sin que sus amigos se lo dejen a almorzar o a comer en el club.

Yo me sonrei. El aludido era uno de esos lateros aburridos y formidables que constituyen el horror y el castigo del linaje humano.

La cantina y los billares forman la parte más importante del club. El resto del edificio, casi no está allí sino por el buen parecer. Al club se vá principalmente a tomar.

Esto sí que no llamará la atención a las

En tiempos de crisis económica, como hay muchas penas que olvidar, se bebe todavía con mas entusiasmo. En 1907 y 1908, era hasta peligroso acercarse a la cantina del club. Se corría el riesgo de quedar descalabrado por alguna botella, vaso o fosforera, dirigida con mal segura mano, contra cualquiera de los presentes.

Las copas se juegan al cacho, al igualitario cacho, como le llaman sus devotos, o al dominó.



La biblioteca del Club

señoras mujeres. De la ocupación de sus maridos en el club, muchas veces habrán podido juzgar, por los resultados.

La cantina, a eso de las ocho de la noche, es un verdadero **pandemonium**. Los circunstantes han ingerido por término medio, cuatro o cinco *cocktails*. A la animación natural que fluye de semejante premisa, se une la que resulta siempre del solo hecho de reunirse en un local estrecho, un número considerable de personas. La gritería es ensordecedora ¿quién diría que ese es el centro mas aristocrático y fino de Santiago?

Se discute mucho... otro resultado inevitable de *lo mismo*.

Hubo un tiempo en que el cacho, estuvo prohibido. Los socios habían dado en la flor de despellejarse mutuamente a golpes de dado. El directorio en vez de tomar medidas contra los autores del abuso, optó por incomodar a todos los socios, suprimiendo aquel soláz mas o menos inocente. ¿Cómo se conoce que estamos en Chile! ¿Cómo se conoce que los directores del club son primos hermanos de los Ministros de Estado!...

Los juegos preferidos con el cacho, son el baccará y el pocker de dos tiros. A veces salen algunas ingeniosas inventando juegos nuevos. Hay que desconfiar de los tales inventores...



La cantina a esa de las ocho de la



noche es un verdadero pandemonium

Esas son máquinas, como suele decirse.

Pero sea cual fuere la combinación preferida, no hay duda que el cacho merece su calificativo de igualitario. Iguala al millonario, y al que no tiene cobre, al pródigo y al mesquino, y lo que es peor, al que como yo bebe un diez de chicha, con el que se consume un «dependioso gin con ginger-ale. Como se vé está igualdad del cacho, no es menos absurda que las demás imaginadas en este mundo de desigualdades.

Debe ser entre los cachos y las copas, donde se tratan en el club los negocios, y digo, debe ser, porque, en lo tocante a mi experiencia personal, no me ha caído en ese recinto seductor otro negocio que el de pagar. Negocio aleatorio, por cuanto viene precedido de un mal golpe de la fortuna y de los dados, y de *de us dca*, como dicen los juristas, porque se trata de una compra-venta de cosa mueble superlativamente fungible: el licor.

Pero deben hacerse otros negocios en el club. Así al menos lo aseguran diariamente los socios a sus respectivas esposas.

—¡Estas en la cuerera! le dicen a uno, y en lugar de trabajar te lo llevas metido en el club, gastando en copas, las chauchas que todavía te quedan.

—¡Qué quieres, hijita! Por lo mismo que estoy pobre, necesito ir mas que nunca al club. Allí le caen a uno la mar de negocios.

Y cuentan a su cándida consorte, una especie de cuento del tío, que circula desde tiempo inmemorial entre los iniciados.... Era el caso de un pobre diablo que en el mesón de la cantina, le arrendaron una finca, de cuyas resultas se hizo millonario.—

La vida de club es cara.

Un habituado de los finos, toma, por término medio doce copas al día, a saber: cuatro en la mañana, cuatro al medio día, y cuatro o mas en la tarde o en la noche

Poniéndonos en un término muy bajo y modesto, cada copa cuesta, con propina y todo, sesenta centavos, o sea, por las doce, siete pesos veinte al día, o en los trescientos sesenta y cinco del año 2,628 pesos.—

Esos mismos habituados almuerzan o comen en el club cuatro veces por semana, que, a diez pesos por colación, hacen cuarenta pesos semanales o 2,080 al año.

!Total!... 4,700 pesos, cantidad que en diez años bastaría para tener casa propia a muchos que lloran miserias y pegan sablazos, apesar de llevar diariamente y por sistema un gasto de tal índole.

Y conste que no hablo de los que beben champaña o vino francés, ni de los que juegan a las cartas, o siquiera al billar....

Hay muchos casos en que solo la vida de club y la asistencia a las carreras, basta para explicar la desgracia y la ruina de un hombre y de una familia, sin ningún otro vicio supletario.

¿Quiere decir esto que el club es malo?

¡Libreme Dios de estampar aquí semejante herejía!

El hombre ha nacido para la sociedad, y en ella todos tenemos algo que ganar. El que ha-ye de sus semejantes no podrá hacer carrera en la vida.

El club, en sí es una cosa buena.

Lo detestable es su abuso. Pueda que alguien encuentre en el mesón de la cantina, quien le arriende un fundo barato y sin garantía, pero ese alguien no será sin duda de los que pasan de ociosos a media mona, entre copa y copa, desde que amanece Dios....

Los propietarios de fundos por arrendar, huirán de semejante clase de sujetos... y tendrán razón.

Alberto Edwards.

